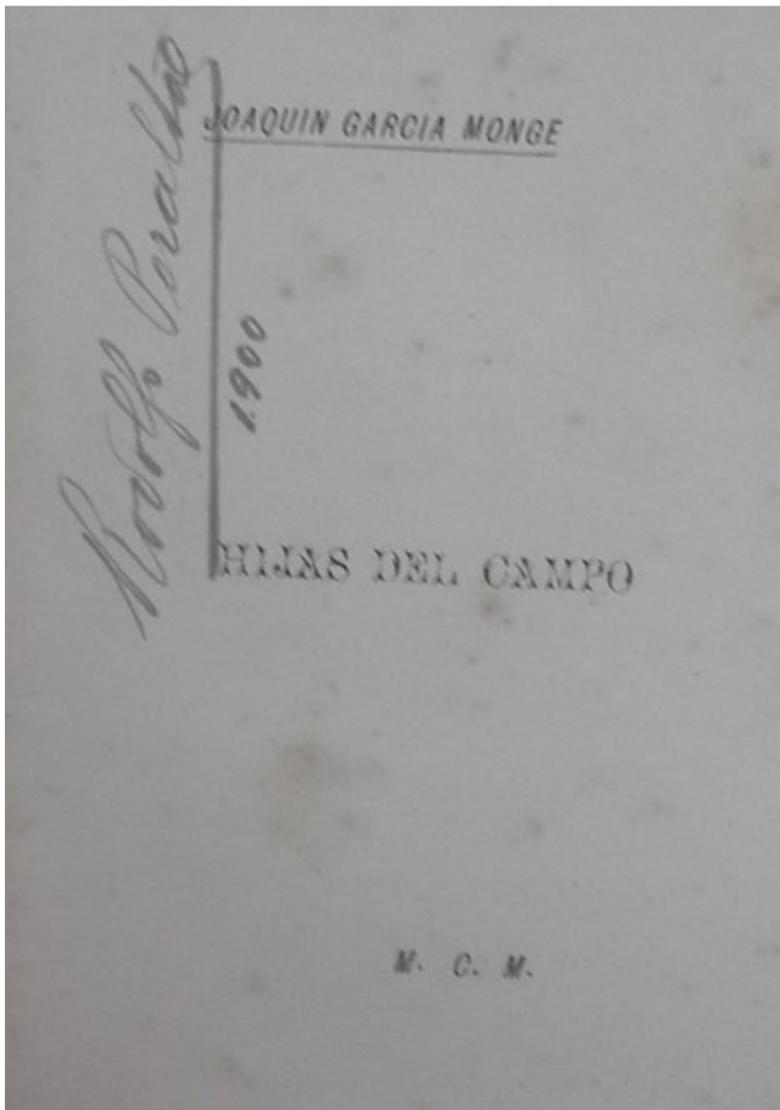


26 Hijas del Campo

Joaquín García Monge



En cuanto a Casi Ida, alma de verdadera cortesana, se entregó en los brazos lujuriosos del señorito de la casa en la que servía. Obtuvo un nido encantador, obsequios de quien le había robado la pureza corporal. La del espíritu no existía desde mucho tiempo atrás. Fue también ella, señora de su casa. Pudo ser dueña de lindos juegos de muebles, espejos dorados, alfombras silenciosas. En fin de todo lo que ansiaba poseer aún desde su no tan lejana adolescencia.

Más tarde, el libro no lo dice, cuando el príncipe de sus ensueños se fastidie, la hermosa Casilda buscará el placer en los brazos de otros hombres. Las nuevas calendas le traerán nuevos amores procurando celebrar con desconocidos amantes la llegada de cada nuevo sol. Por algo dijo la que de esto mucho sabía: mientras más moros, más ganancia.

La obra, como se comprende, nació con caracteres de crítica social. Estudia uno de los problemas más delicados. Deben ser protegidas, sin excepción, todas las energías que constituyen el tributo voluntario que, a las ciudades, rinden las aldeas y los villorrios.

Hay, en el curso de la novela, precisas y exactas descripciones de cuanto sucede en la campiña costarricense y de algunas escenas urbanas. Allí, la nochebuena con sus nostálgicas alegrías. La cosecha del café, el aburrido girar de los caballitos. La sugestiva pelea de gallos y muchos otros detalles deliciosos de una vida inefable. Vida que, por culpa de unos otros, ha ido desvaneciéndose con la rapidez de una angustia, dejando tan solo un amargo recuerdo. Por fortuna, también él, desaparecerá muy pronto.

Casi en la misma época en que aparecería la segunda edición de *El Moto*, García Monge hizo conocer su segunda novela de aspectos nacionales: *Hijas del campo*.

La ciudad roba al campo sus mejores energías. Con su vida multicolor, con la infinidad de impresiones que ella hace germinar en el espíritu del labriego, atrae a las mozas ya los zagales de las campiñas cercanas para convertirlos en eternos esclavos de una existencia que no es la suya.

Los campesinos van a la capital a las ciudades de provincias en busca de independencia. Como si en los cañaverales y las milpas no gozaran de la más pura de las libertades. Van a las poblaciones de actividad mayor, deseando llegar a ser algo. - ¡Ingenua aspiración! - yesos anhelos no logren otro resultado que el ser policías o mandaderos, los unos; camareras o cortesanas, las otras.

Hijas del campo presenta algunos de esos casos. Nieves, el más honrado de los peones de una hacienda cercana, va a San José, a la capital, siguiendo a su novia, Piedad. Esta, en compañía de una amiga suya, Casilda, ha abandonado su pueblo para ir a prestar servicios en una casa de gente bien.

Allá él se hace soldado y en el cuartel aprende a ser vicioso. No respeta la virtud de quienes se sienten íntimamente virtuosos. Su perversión moral llega hasta el punto de convertir a su novia en la propia amante y en la de algunos de sus compañeros de armas y de crápula.

El cuerpo apetitoso de la muchacha habría llegado a satisfacer la lascivia de muchos si el abuelo no hubiese sabido a tiempo cuánto le sucedía a la nieta adorada.